

estuvo presente la idea de que lo antes posible empezara en Navarra la Facultad de Medicina. Ahora, cuando se analiza cómo se llegó a ese objetivo, se queda uno verdaderamente perplejo. Vinieron varios colegas a estudiar el asunto, se habló con las autoridades y lo cierto es que las primeras impresiones no resultaban nada halagüeñas. Sin embargo, Monseñor Escrivá de Balaguer les animó a seguir adelante a pesar de todos los problemas que se presentaban.

Con una sonrisa, comenta Don Eduardo el decidido empeño del primer Gran Canciller, cuando todo hacía suponer que la iniciativa de montar una Universidad constituía una locura genial. Así comenzó la íntima historia de la Universidad de Navarra, que llegó a constituir con el tiempo la prueba palpable de un inmenso y de un intenso acto de fe.

—La realidad es que se puso en marcha la Facultad de Medicina con un porvenir no muy claro. En este sentido, la Clínica Universitaria es depositaria de ese pensamiento del

Fundador y por lo tanto no constituye una casual coincidencia en la marcha de la Universidad. Y en esas condiciones, cuando la Facultad de Medicina empieza su fase clínica, tuve la oportunidad de dejar de ser un observador para vivirlo desde dentro. Como por ósmosis, por decirlo de alguna manera, el espíritu del Fundador entra de raíz en la Facultad de Medicina y concretamente en la atención a los enfermos. Creo que casi antes de empezar la Universidad, ya estaba en su mente la idea de que había que acercarse a los enfermos. ¿Por qué? Porque él sabía, y esto es muy importante, que una de las fuerzas más importantes para la formación de la gente que trabajaba con él, era el contacto con los enfermos.

Por eso, en opinión del Dr. Ortiz de Landázuri, la atención a los enfermos, además de constituir uno de los pilares fundamentales de la Clínica Universitaria, ha llegado a convertirse en la esencia de la propia enseñanza de la Medicina.

«LA CIENCIA MAS HUMANA»

El Dr. Jesús Prieto, Director del Departamento de Medicina Interna de la Clínica Universitaria y Profesor Ordinario de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, valora así la figura del Dr. Ortiz de Landázuri.

Cada médico lleva a la Medicina su propia personalidad. Cuando en fecha bien reciente el Catedrático de Anatomía Patológica Dr. Gonzalo Herranz hablaba, en una fiesta académica de fin de Licenciatura, de «la ciencia más humana», el pensamiento se me iba a D. Eduardo Ortiz de Landázuri,

allí presente, pues él hizo de la medicina que practicó «la ciencia más humana».

Ciencia y humanidad. Una ciencia rigurosa, exacta, asentada en bases firmes, buscadora incansable de objetivaciones clínicas, magistral, apta y madura para ser transmitida. Una humanidad afable,

UN ELEMENTO ESENCIAL

Por otra parte, la Clínica Universitaria lleva dentro de sí esa profunda huella que constituye el contacto permanente con la Universidad.

—Efectivamente. Se da en la Clínica Universitaria esta dualidad. Por un lado, la atención al enfermo que es esencia fundacional de la Universidad y en este sentido la Clínica le tiende su mano y por otra parte la Universidad le proporciona un cariz especial a la Clínica para que pueda llamarse, con propiedad, universitaria. Es decir, a mi modo de ver se entrelazan mutuamente los dos factores fundacionales: tanto el amor al enfermo como el sentido universitario.

Desde luego, Don Eduardo constituye el prototipo del hombre universitario de pies a cabeza, cuyas experiencias acumuladas a lo largo de los años han ido cristalizando en una concepción muy clara de lo que debe ser el alma universitaria.

acogedora, inspiradora de confianza y sosiego en los enfermos, plétórica de disponibilidad y, como genuina humanidad, llena de un sentido de trascendencia, apuntando al más allá, donde está el verdadero sentido de la vida del hombre.

Y junto a la Ciencia y a la Humanidad, un amor acendrado al «alma mater», a la Universidad.

Don Eduardo —así le conocemos todos— es desde lo más íntimo de su ser un universitario auténtico, que asume en su vida, en su conducta, la más puras y auténticas esencias universitarias. Don Eduardo ha enseñado a sus discípulos a vivir con sacrificio alegre la dedicación al ideal universitario. La donación

—También hay que señalar que esto no es algo exclusivo de la Universidad de Navarra. A mí me parece que es así como nacieron las auténticas universidades medievales, donde la Medicina no es un adorno en la historia de una universidad, sino que es algo muy esencial. Puede haber determinadas Facultades que por su calidad, posean un prestigio extraordinario, pero a una Universidad que no tenga Facultad de Medicina le falta algo esencial. Por otra parte, también entiendo que el «alma mater» de una Universidad se encuentra en la Facultad de Teología.

Sin embargo, ¿en qué medida puede influir la Facultad de Medicina en el desarrollo de la vida universitaria? Es decir, ¿cuáles son sus repercusiones inmediatas?

—Esta Facultad enseña al propio estudiante de Medicina, pero también enseña al estudiante de otras Facultades, porque el contacto entre ellos, la relación con el residente que está de guardia y ha tenido por la

generosa de su vida no ha sido en balde. Ha creado a su alrededor un espíritu de entrega a las empresas nobles. Ha contribuido, junto con el trabajo y el esfuerzo de tantos otros, a dar a la naciente Universidad de Navarra el estilo de servicio que quería para ella su Fundador. Y en ese quehacer ha querido pasar oculto, como los cimientos sólidos de los grandes edificios.

Este tipo de vidas no pasan. Quedan para generaciones venideras en una permanente fecundidad inmarcitable. Don Eduardo es por tanto un hito, para esta Universidad, para Navarra, para la ciencia médica y para la historia de la Universidad española ■